

“LAS ARMAS DE LA PAZ”

Homilía en el Te Deum Ecuménico de Fiestas Patrias

18 de septiembre de 1978

Las lecturas bíblicas recién proclamadas han ido disponiendo nuestro corazón para oír la voz de Dios, que nos habla en este 18 de septiembre de 1978.

No debe sorprendernos que Dios hable hoy. El es el Señor de la historia: vive, está presente, vigila con amor cada instante y todo destino humano. Nosotros, los chilenos, somos una familia unida en esa fe común que nos permite invocarlo: ¡Padre Nuestro! Y estamos en su Casa: en este Templo suyo que simboliza y contiene a esos millones de templos vivos que son los hijos de Chile.

Es, también un día propicio para que Dios hable. Estamos de fiesta, en la alegría de ser hermanos, de compartir la misma tierra. Tenemos una patria, es decir, un hogar que nos pertenece, un nido hecho cálido por el afecto de millones de hombres y mujeres en los que nuestro corazón reconoce, adivina a un hermano.

Tenemos una patria: un presagio –todavía imperfecto- de aquel nido familiar que cobijará un día nuestro amor en la eternidad de Dios. Y es comprensible que en este clima de fiesta se escuche, junto a la palabra de los hijos que agradecen, la palabra del Padre que promete e invita a conquistar dones mayores.

Dios habla hoy de paz

En cada 18 de septiembre agradecemos a Dios el don de ser libres. ¡Qué don tan excelente es la libertad! Poder decidir nosotros lo que queremos ser, y adónde queremos ir como nación.

Pero la libertad no es todavía el don supremo y absoluto. Ella está al servicio y es condición indispensable de la paz. Y es de eso que nuestro Padre Dios quiere hablarnos hoy: de la paz, como el bien que resume todos los anhelos y esperanzas, la vida misma de sus hijos chilenos.

Acabamos de escucharlo en el Evangelio: Dios habla para que tengamos paz. Dios promete la paz a aquellos hijos suyos que se unen para implorarla en el nombre de Cristo. Dios nos asegura que la paz podrá ser nuestra, a pesar de todas las tribulaciones del mundo, porque Cristo ha vencido al odio y al egoísmo humano.

Y no sólo en la Escritura nos habla Dios de paz. Quienquiera que escrite con atención los signos de los tiempos percibirá en ellos una clara voluntad divina. Inseguridad y angustia han pasado a ser las notas dominantes de la convivencia humana. Cuando el hombre parecía más cerca que nunca de

disfrutar tranquilo los bienes del progreso tecnológico, se acumulan más que nunca las tensiones, las contiendas de supremacía, la amenaza vil del terrorismo, el espectro de la guerra. En todos los continentes y bajo los más diversos regímenes el hombre se pregunta, desolado, si su destino será yacer sacrificado a intereses estratégicos, económicos o ideológicos que no alcanzan a sumar, todos juntos, el valor de una vida humana. Sin necesidad de encuestas, sólo contemplando el rostro de los hombres de hoy y escuchando el latir de su corazón podemos establecer ciertamente cuál es su mayor anhelo; ¡la paz! Y esa voz de los pueblos es la voz de Dios que reitera hoy el gran ofrecimiento que antes nos hiciera en Cristo: “les dejo la paz; les doy mi paz”. Desvalido ante la irracionalidad de la violencia, paralizado por el miedo a la guerra, testigo del fracaso de tantas fórmulas humanas para recrear la paz, el hombre contemporáneo empieza a comprender que la paz es don y herencia de Cristo, fruto de su amor inmolado en la Cruz, y conquistable sólo por las armas que Cristo escogió.

Armas para vencerse a sí mismo

¿Cuáles son esas armas? También lo hemos escuchado, en la primera lectura bíblica, de boca del apóstol Pablo.

Profundamente realista, san Pablo sabía que vivir es una experiencia de lucha incesante, porque hay fuerzas –algunas humanas, otras más que humanas– conspirando siempre contra la armonía del Universo. La vida del apóstol, como la de Cristo, estaba bajo el signo del combate. Pero no se trataba, en ninguno de los dos casos, de defender casas, tierras, empresas, ideologías o facciones humanas. Cristo había venido a destruir las obras del demonio, es decir: la mentira, el odio homicida, la dispersión de los hermanos, el orgullo de ser como Dios, más que Dios. Nuestra lucha –nos dirá San Pablo– no es contra la carne y la sangre del hombre, sino contra un espíritu que actúa en su interior y que puede estar presente a la vez en mi adversario y en mí. Yo puedo por la espada someter a un hombre que miente y que odia; pero mi espada no habrá ganado ningún combate si el odio y la mentira permanecen en mí.

Basado en esa intuición espiritual detalló San Pablo las armas de la paz: como cinturón, la verdad; por coraza, la justicia y el amor; como escudo; la fe; como casco, la esperanza; por espadas, el Espíritu, que es la Palabra de Dios; y por calzado, el celo en propagar el Evangelio de la paz (Efes 6, 14-17 y 1 Tesal 5,8).

De ahí también que el orden vigente en la sociedad sea todo él de naturaleza espiritual –como enseña el Magisterio de la Iglesia: porque se funda en la verdad, debe practicarse según los preceptos de la justicia, exige ser vivificado y completado por el amor mutuo, y respetando íntegramente la libertad, ha de ajustarse a una igualdad cada día más humana Cfr. Juan 23, Pacem in Terris, 37). Sólo sobre tales fundamentos se edifica la paz.

Pero todas estas virtudes son armas que exigen vencerse en primer lugar a sí mismo; transformar radicalmente el propio juicio, la propia mentalidad. En una palabra: convertirse al Evangelio de Cristo. La legítima defensa de valores

supremos puede, en casos extremos, autorizar el recurso a las armas materiales. Una auténtica paz social, sin embargo, se consolida mediante hombres cimentados en la Palabra de Dios: “Hay mucha paz, Señor, para los que aman tu ley” (Salmo 119, v. 165).

Con la humildad que nos impone el sabernos, todos, trasgresores de esa Ley de Cristo, suplicamos hoy a Dios que nos ayude a convertirnos. Queremos creer más en el Evangelio como fuerza del Dios Salvador. Queremos aprender mejor el arte de ser justos, de respetar la dignidad y amar los derechos de nuestro hermano el hombre. Queremos crecer más en la confianza que en la suspicacia. Queremos crear más mediante el diálogo que la imposición. Queremos esperarlo todo del amor y nada del odio.

La paz: ¿Utopía o realismo?

¡Las armas de la paz! “¡Pobre paz! ¿Cuáles son tus armas?”, se preguntaba el Papa Paulo VI, de venerada memoria. ¿El terror de una conflagración fatal? ¿La resignación pasiva ante un estado de atropellos? ¿La organización egoísta del mundo económico, obligado por el hambre a mantenerse tranquilo y sometido? ¿Los armamentos preventivos y secretos? ¿Es suficiente, es segura, es feliz una paz sostenida solamente por esos fundamentos?

Hay que hacer más: ante todo hay que dar a la paz otras armas que no sean las destinadas a matar, hay que excluir las guerras de los programas de la civilización. En la conciencia de los pueblos va entrando la convicción segura y decidida de que no se puede construir nada eficaz y duradero para el bien el hombre, si no es sobre la mutua concordia, el respeto de los derechos recíprocos, la paciente experiencia de diálogos constructivos y de negociaciones justas y leales (Cfr. Paulo VI, Mensaje y Homilía para la Jornada de la Paz, 1976).

Para algunos contemporáneos, esta enumeración de las armas de la paz podrá sonar a paradójica, o utopía. Para los discípulos de Cristo es consecuente realismo. “Todos ustedes son hermanos”, nos enseña el Maestro (Mt 23,8). Pero ¿cómo vamos a vivir nuestra fraternidad con las armas ofensivas en la mano? ¿Cómo podríamos acercarnos más al corazón del hombre, nuestro hermano, sin predisponernos al perdón de las ofensas y sin renunciar a esa inhumana ley de la venganza? El discípulo de Cristo es pacífico, y no se ruboriza de serlo. Es capaz de combatir, pero prefiere la paz a la guerra (Cfr. Documentos de Medellín, “Paz”, 15). Está incluso dispuesto a ceder de sus derechos, si con ello puede evitar la explosión de la violencia y reencontrar el camino de la fraternidad (Cfr. Mateo 5, 39-41). Sabe, por revelación divina y experiencia humana, que la paz fructifica en la justicia y se afianza solamente con la paz.

A los que trabajan por la paz

En una hora como ésta, quisiéramos agradecer, felicitar a todos los que en nuestra patria y fuera de ella trabajan por la paz. ¡Son tantos, gracias a Dios! El estadista que busca caminos de diálogo y genera las condiciones para un

consenso. El diplomático que descarta soluciones de fuerza y favorece entendimientos razonables. Los hombres de Derecho que definen instrumentos y marcos jurídicos para conciliar las exigencias del orden y bien común con el respeto a libertades intangibles. Los que cautelan la seguridad de las personas y sus bienes, y en especial el bien soberano de la patria. Los que cumplen con el deber de informar objetiva y verazmente a los ciudadanos y facilitan la adecuada expresión del pensamiento. Los que acogen con respeto al necesitado –presencia de Cristo- y lo ayudan a vivir su vocación de hombres. Los que prestan su voz a quienes no pueden hacerse oír, y asumen la defensa del desvalido. Los que aceptan duros sacrificios y postergaciones, en aras de una holgura que puede tardar. Los que sufren, participando en el sufrimiento de Cristo y ofreciendo su dolor por la paz de la patria. Los que enseñan y educan a nuestros jóvenes para que sean libres, leales, justos, fraternos. Los que oran sin interrupción y sin desaliento por la paz.

La paz, pasión de la Iglesia

Quisiéramos sumarnos a esa epopeya diaria y silenciosa en que se construye la paz. Nuestra contribución como Iglesia de Cristo es muy simple, pero indispensable: es el anuncio, gozoso y esperanzado, del Evangelio de paz!

Que nadie espere de nosotros otra palabra; que nadie nos suponga otra intención. La paz es la pasión que la Iglesia lleva en sus entrañas de Madre. Es el gran legado que Cristo le confió. La Iglesia fue fundada como un misterio de comunión, como un signo eficaz de reconciliación de los hombres con Dios y de los hombres entre sí. Ella no sólo vive de la unidad: vive para la unidad, disponiendo el corazón del hombre para ese misterio divino de comunión.

Y todo el esfuerzo de la Iglesia en estos últimos años, su constancia en evangelizar la verdad, la justicia y la libertad, su perseverancia en defender los derechos consustanciales al hombre, su firmeza en denunciar los errores que presumen ignorarlos o las violaciones que pretenden suprimirlos, nace de su pasión por la paz y de su anhelo de que ella se construya, en nuestra patria, sobre fundamentos sólidos e inamovibles.

Quisiéramos pedir perdón, si esta pasión nuestra por la paz no acertara a veces a encontrar la palabra justa o el gesto más exento de ambigüedad. Sentimos nuestra limitación humana, que nos expone tanto a callar imprudentemente como a hablar palabras que tal vez no son de Cristo. Pero en este momento de celebración familiar, en esta Casa de Dios donde los espíritus se abren con sencillez, deseamos reiterar que ningún interés subalterno, ninguna secreta mira o ambición de dominio en el mundo temporal, ningún prejuicio, ninguna indebida preferencia, ninguna agresividad han inspirado ni pueden inspirar la acción de la Iglesia al servicio de la paz.

La Iglesia no tiene opciones o alternativas propias: su única opción, su única alternativa es el Evangelio de la paz. Y si alguna preferencia le es lícita, no puede ser otra que la predilección de Cristo por los que sufren más –cualquiera sea la causa de su sufrimiento. El Fundador de la Iglesia dio como señal de su misión el anuncio de la Buena Nueva a los pobres (Lc 7,22). Ser fiel a las

enseñanzas y al ejemplo de Cristo le impone a la Iglesia el deber de apasionada defensa de los débiles- y en particular de quienes sólo piden poder vivir de su trabajo, cultivar su tierra y cobijar su familia bajo un digno techo.

La Iglesia vive en la historia, toma parte en las mejores aspiraciones de los hombres, sufre cuando las ve insatisfechas, y desea ayudarles a conseguir su pleno desarrollo (Cfr. Paulo VI, *Populorum Progressio*, 12-13). Y ese desarrollo pleno exige combatir la miseria y luchar contra la injusticia. La paz, en efecto, no se reduce a una ausencia de guerra, fruto del equilibrio siempre precario de las fuerzas. La paz se construye día a día, en la instauración de un orden querido por Dios, que comporta una justicia más perfecta entre los hombres (Cfr. *Populorum Progressio*, 76).

Al reencuentro de la tradición

Queremos también reafirmar nuestra estima y respeto por quienes ejercen autoridad y han contraído el arduo compromiso de conducir, a nuestra patria, hacia el estilo de convivencia democrática más propio de la tradición nacional.

Conocemos las dificultades y escollos que esta impostergable misión conlleva. Valoramos los avances ya conseguidos, y la disposición anunciada de seguir caminando en la vía de una progresiva libertad dentro del orden jurídico. No tenemos competencia para inmiscuirnos en las determinaciones técnicas. Sólo podemos y deseamos comprometer nuestro apoyo a todas las gestiones que favorezcan el reencuentro de Chile con su gran legado y destino de madurez democrática. Muchos sacrificios, algunos muy dolorosos, se han empeñado por este ideal. Nosotros velaremos, desde la perspectiva religiosa y pastoral que no es propia, para que con el esfuerzo común ellos fructifiquen trayéndonos la paz. Y consideraremos un privilegio sumarnos a esos sacrificios, soportando las incomprensiones que el cumplimiento de nuestra misión pudiera suscitar.

Alegres en la esperanza

Nuestra meditación se acerca a su fin con una nota de esperanza. No sería, el nuestro, el Evangelio de Cristo si no sobreabundara en él la alegría serena del que confía, en Dios y en los hombres.

No se trata de cerrar los ojos a la realidad. Sería inútil ignorar los problemas o menospreciar su cuantía. ¡Nos queda tanto por hacer, para que Chile llegue a ser ese país de hermanos, donde todos encuentren pan, respeto y alegría! Quedan todavía tantas animosidades, tantas heridas! A todos nos duele el que haya hermanos nuestros sin trabajo. Todos quisiéramos que las privaciones que nuestro pueblo humilde soporta hasta con heroísmo, mostrarán cada vez más rápidamente los buenos efectos pretendidos. También quisiéramos reasumir, limpia y vigorosa, nuestra imagen en el concierto internacional. Y, por cierto, erradicar definitivamente el espectro, la pesadilla de un posible conflicto armado con naciones hermanas.

Pero sobre ese realismo se proyecta la serena alegría de nuestra esperanza. Dios no nos ha dejado huérfanos. Seguimos siendo su pueblo: un pueblo que,

como dice la Escritura, practica la justicia, ama con ternura y camina, humilde, de la mano de su Dios (Miqueas 6,8).

El tesoro de la patria

El Santuario de Maipú se yergue como testimonio de esta alianza imperecedera que une al cielo con esta tierra de Chile. Y sabemos que sobre esta tierra bendita hay miles, millones de hombres y mujeres que aman a Dios y quieren ser fieles a su voluntad.

Somos pastores; y creemos conocer bien a nuestro pueblo. Y porque lo conocemos, cada día lo amamos más, y cada día se renueva nuestra esperanza.

Ese pueblo nuestro ha pasado por muchas y tristes experiencias; pero sigue creyendo en la justicia, en la libertad, en el amor. No cree en la violencia y no acepta a los que preconizan el odio. Se abre con gusto a todo llamado de reconciliación. Está dispuesto generosamente al perdón y al olvido. Sabe admirablemente compartir lo que tiene con el que nada tiene. Cree en la providencia paternal de Dios. Cree en la Iglesia, es fiel a sus pastores y a su evangelio de misericordia y de paz. Probado duramente en la adversidad, permanece sin embargo de pie, activo en la esperanza.

En ese, que es el gran tesoro de la patria: en los hombres y mujeres, en los jóvenes y niños, en los ancianos, en los enfermos, en los pobres: en la fe y generosidad de nuestro pueblo se confirma y ratifica nuestra esperanza. Ellos son el diario testimonio de que Dios sigue actuando, presente entre nosotros.

Chile y Argentina: Comunión indisoluble

Confiamos en nuestra tradición. En el legado de los hombres que nos dieron patria. Don Bernardo O'Higgins, el Padre de la Patria, sigue fecundando con su espíritu el devenir de Chile. El puso las armas al servicio de la paz. El fue capaz de los más dolorosos sacrificios personales con tal de asegurar la paz. El nos dejó también un legado de fraternidad americana. La independencia de Chile fue una gesta común con la de sus naciones limítrofes. Todo, desde los orígenes: todo, la comunidad de sangre, de cultura, de fe, de destino, todo nos señala claramente que la voluntad de Dios es que permanezcamos hermanos y unidos. Difícilmente haya en el mundo pueblos tan claramente llamados, por la Providencia, a vivir una historia solidaria.

Nosotros confiamos en la madurez de quienes ocupan, hoy, el sitial de aquellos próceres, y de quienes tienen por misión informar y sensibilizar a la opinión pública. Un enfrentamiento entre hermanos sería absurdo y suicida, como tan vigorosamente acaban de manifestarlo, en forma conjunta, los Episcopados de Argentina y Chile. Todo puede ganarse con la paz, y todo se pierde con la guerra, nos recuerda constantemente el Magisterio de la Iglesia. La paz tiene un nombre: Cristo. Y entre hombres y pueblos hermanados por la misma fe en Cristo la paz tiene que ser posible, la paz es un deber. La Iglesia reitera hoy la que ha sido su actitud de siempre: ofrecerse como signo e instrumento de

unidad, apoyando con su Evangelio todas las iniciativas capaces de acercar a pueblos hermanos que nunca debieran alejarse, ni mucho menos oponerse.

Conocemos el ferviente anhelo y encargo de nuestros antepasados: que la amistad entre Chile y Argentina superara en solidez a la inmensa cordillera que nos limita. Hoy más que nunca debiéramos ser fieles a ese legado supremo.

¿Pero qué nos está sucediendo? ¿Llegaremos a renegar de todo lo que hemos sido? ¿Olvidaremos, hasta hacerlos inútiles, todos los sacrificios asumidos y tantas vidas inmoladas para afianzar nuestra vocación fraterna?

¿No seremos capaces de levantar la mirada más arriba de contiendas pequeñas, y reconquistar aquel designio divino que nos llama a caminar juntos, cada uno con su rostro y alma original, pero en comunión indisoluble de bienes y corazones, de intereses y destino?

En esta hora de esperanza no dudemos en confiarle a Dios, nuestro Padre común, esta causa, esta urgencia de fraternidad chileno-argentina. La gracia divina nos dará a todos esa lucidez y esa noble generosidad que se requieren para encontrar el ideal de nuestros próceres y ver a Chile y Argentina como Dios los ve: las manos estrechadas, construyendo -para ejemplo de nuestra América hispana- la paz en la fraternidad.

En un mundo integrado y solidario

Hay muchas otras naciones, en este y otros continentes, con las que históricamente hemos comulgado en los mismos ideales: justicia, libertad, respeto a la dignidad del hombre.

También a ellas quisiéramos sentirlas más cercanas y amigas. Esperamos que un progresivo perfeccionamiento de nuestra convivencia social y política allane los obstáculos que hoy subsisten, y que esas naciones quieran sentirse honradas con nuestra amistad.

En un mundo integrado y solidario, nadie puede realizar solo su destino, nadie, tampoco, debe restar su aporte propio a una historia que se hace en común.

Que Chile reasuma en plenitud sus relaciones de confianza, amistad y apoyo mutuo con naciones que le son afines, es también objeto de nuestra esperanza y nuestra plegaria de hoy.

Cristo promete la paz.

Llegamos así al término de nuestra meditación. Pronto oraremos por la patria y cantaremos a Dios nuestra gratitud por ese don que es la libertad. Pero le pediremos que lleve ese don a su plena perfección, que es la paz. Y le prometeremos combatir por ese don con las armas de la paz. Y permaneceremos alegres en la esperanza, escuchando de nuevo a Cristo, presente hoy en la unidad de los hermanos: a Cristo que Resucitado ratifica

su palabra evangélica:

“Yo les aseguro que lo que pidan al Padre en mi nombre Él lo concederá. Pidan y recibirán, para que la alegría de ustedes sea colmada. Y les digo estas cosas para que tengan paz en mí. En el mundo tendrán tribulación, pero ¡ánimo! Yo he vencido al mundo”.

ASÍ SEA

Santiago, 18 de Septiembre de 1978